

## Otra mirada parisina El diario de Horacio Quiroga

Rafael Olea Franco  
(El Colegio de México, Ciudad de México)

**Abstract** In this paper, I focus on the journal that Uruguayan writer Horacio Quiroga (1878-1937) wrote to record his visit to Paris, from March to July, in the year 1900. It remained as a manuscript until Emir Rodríguez Monegal transcribed it and published it in 1950 as *Diario de un viaje a París (Journal of a Visit to Paris)*. This is the title under which we know this work today. There are several reasons why this text constitutes an outstanding autobiographical record. First of all, it stands out as a striking vision of Paris by a Latin American author. Paris was considered then the world capital of culture and civilization; nevertheless, the image of Paris provided by Quiroga is very different from the ideal city depicted by such authors as Manuel Gutiérrez Nájera and Rubén Darío. In the second place, the journal is also the record of a formative period in Quiroga's intellectual development. Some critics contend that the trip to Paris determined Quiroga's decision to become a writer, but in the present paper, upon the careful analysis of the entries in the journal, I argue that this journey only marks the beginning of an incipient literary call. Finally, the journal is also an extraordinary record of the everyday experiences of a Latin American traveler in Paris, at the turn of the twentieth century.

**Keywords** Horacio Quiroga. Autobiography in Hispanic America.

El 31 de diciembre de 1899, el joven Horacio Quiroga (1878-1937) alcanzó la simbólica edad de 21 años, por lo cual de inmediato ejecutó un acto de independencia y autonomía: un viaje al extranjero. Así, el 20 de marzo de 1900, desde su nativa ciudad de Salto, Uruguay, este escritor en ciernes emprendió la navegación hacia Montevideo, de donde después el buque, de bandera italiana, se dirigió a Génova, ciudad de la que él partió en tren a París, su destino último y principal. Al inicio de su travesía, Quiroga comenzó el registro autobiográfico de sus experiencias, las cuales quedaron consignadas en dos cuadernos manuscritos: el primero de ellos con sus peripecias del 20 de marzo al 24 de abril, y el segundo del 24 de abril al 10 de junio de 1900. La anotación inicial está datada el 20 de marzo, cuando subió al barco 'Montevideo' para salir de Salto; la última, la mañana del 10 de junio del mismo año, en París. Como el diario se interrumpe antes de que él abandone esa ciudad, quedan en blanco los días entre el 10 de junio y el 12 de julio, cuando finalmente volvió a Montevideo, luego de haber tomado un buque en Marsella. En su último registro, Quiroga expresa su deseo de seguir apuntando sus impresiones en un nuevo cuaderno, el

cual al parecer se extravió; aunque también es probable que debido a sus muy precarias condiciones económicas – que describiré más adelante –, él no haya podido comprar la libreta más barata del mercado parisino, a un costo de 10 céntimos de franco.

A la muerte de Quiroga en 1937, el manuscrito quedó en manos de su entrañable amigo argentino Ezequiel Martínez Estrada, quien finalmente lo donó al Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios (INIAL) de Montevideo; gracias a ello, en 1950 Emir Rodríguez Monegal, con el apoyo de varios trabajadores del INIAL que se encargaron de la transcripción, logró difundir este material inédito, cuyos registros carecían de encabezado, por lo cual él escogió el descriptivo título de *Diario de viaje a París* (cfr. Quiroga 1950).<sup>1</sup>

El título elegido por Rodríguez Monegal es adecuado, porque de hecho París fue el destino único de Quiroga. Así, aunque él arribó a Génova el mediodía del 23 de abril, no intentó conocer Italia, sino que esa misma tarde partió en tren hacia París, adonde llegó por fin la noche del 24 de abril de 1900. Casi dos semanas después, el 5 de mayo, envió sus primeros comentarios parisinos al diario salteño *La Reforma*, el cual los reprodujo en su edición del 29 de mayo. De este modo se cumplía lo que el periódico mismo había anunciado en sus páginas un día antes del inicio del trayecto de Quiroga: que Horacio, como lo llamaba familiarmente el redactor anónimo de la nota, se proponía visitar la famosa Exposición Universal de París, desde donde comunicaría sus impresiones por medio de carta. Según este testimonio, el viaje habría tenido un declarado propósito pragmático; no obstante, en el diario Quiroga prescinde de manifestar de modo nítido los motivos de la empresa, la cual incluso maldice con desesperación el 6 de abril, todavía a bordo del buque: «Viene a mi cabeza, a veces, por ráfagas, la ilusión de que podría estar en el Salto, en la esquina, viendo pasar gente que conozco, de noche templada y suave, viéndola, o acaso bailando... En esos momentos reniego formalmente de haber emprendido este viaje, el más estúpido de los que he hecho, estúpido, sí, estúpido; me volveré idiota y genovés...» (Quiroga 1950, p. 72); señalo, de paso, que este prejuicio contra las personas oriundas de Génova exhibe la facilidad con que el joven emite juicios sumarios. En su útil estudio introductorio a la edición del *Diario*, Rodríguez Monegal considera trascendente dilucidar el motivo del viaje; sin embargo, al no encontrar claros registros textuales sobre las

1 La reimpresión más reciente de este volumen fue difundida por la editorial Losada en 2000. Hay también una útil edición reciente, a la cual se añadió buena parte de la correspondencia del escritor: Quiroga, Horacio (2010). *Quiroga íntimo: Correspondencia. Diario de viaje a París*. Edición y prólogo de Érika Martínez. Madrid: Páginas de Espuma; en sus notas, la editora retomó la información proporcionada por Rodríguez Monegal y sumó otro material que ayuda a que el lector comprenda el contexto del diario de Quiroga. Las citas del texto que haré en este trabajo corresponden a esta edición, que es la más accesible.

razones que indujeron a Quiroga a esta empresa, el crítico lucubra que hubo un motivo no confesado en las páginas escritas por el autor:

Penetrando ya en el terreno de la hipótesis, y apoyándose en algunas ambiguas indicaciones del *Diario*, es posible señalar un motivo – casi inconfesable – para el viaje: la conquista de París. Así enunciado el proyecto parece demasiado fantástico. Sin embargo, es posible que el joven – que se creía, con razón, destinado a la gloria – lo reservara para su más íntima contemplación y, por lo mismo, no lo confiara al papel, demasiado ajeno. Se explicaría así su silencio obstinado; a esta luz, cobrarían nuevo significado algunas anotaciones (Rodríguez Monegal 1950, p. 12).

Aunque en principio esta hipótesis no parece absurda, quizá sea un tanto arriesgado pretender interpretar el *Diario* sin el apoyo de mayores elementos textuales. Con una prudente actitud, en cambio, Eduardo Romano relaciona el viaje europeo de Quiroga con su fallida experiencia como fundador de la local *Revista de Salto* (publicación semanal iniciada el 11 de septiembre de 1899 bajo el subtítulo de *Semanario de Literatura y Ciencias Sociales*, la cual duró hasta el 4 de febrero de 1900): «La decepción en que desembocara su experiencia con dicha publicación y disponer de parte de la herencia paterna lo deciden a cumplir esa aventura que cautivaba sobremanera a los jóvenes novecentistas, el viaje a París» (Romano 1997, p. 1313). En lo personal pienso que podría haber varias respuestas plausibles para explicar el viaje; pero además me pregunto si, en última instancia, es necesario justificar ese anhelo juvenil de visitar la más importante capital europea (y quizá mundial) de fines del siglo XIX.

Sin duda, la decisión de emprender el viaje implicó para el joven Quiroga la ruptura de muchos lazos afectivos; la mañana del 21 de marzo de 1900, cuando el barco, abordado la noche anterior, apenas abandona la ciudad de Salto, él recuerda con tristeza su separación de los seres amados y de todo su entorno vital: «Es pena abandonar la ciudad en que se ha vivido, los amigos, las costumbres, los horizontes, la familia, los cielos» (Quiroga 1950, p. 55). Después de enumerar las encontradas sensaciones que le provoca la partida, entre ellas la derivada de la imagen de sus padres y amigos despidiéndolo con pañuelos, añade: «pero nada es todo esto; cuando hay una niña que queda llorando por nosotros en su cuarto, solita y temerosa de que la oigan» (p. 55). Concluida esta evocación amorosa, el discurso transita hacia una insólita segunda persona de singular para expresarle a su amada cuánto la quiere. Rasgos como éste demuestran que se trata de un texto con un estilo ambiguo, en el cual se confunden los destinatarios, pues al supuesto registro íntimo, reservado para la confidencialidad casi absoluta, se suman pasajes con un destinatario específico. De manera pertinente, al reflexionar sobre la probable conciencia de Quiroga sobre la futura publicación de su correspondencia y su diario, Érika Martínez plantea: «El *Diario de viaje a París* transmite, sin embargo, cierta seguridad al respecto: en muchas de las entradas, el rioplatense se dirige a sus amigos

como si fueran a leerlo y, aunque es cierto que mantuvo el manuscrito en secreto, al final de su vida se lo encomendó a Ezequiel Martínez Estrada. ¿Lo hubiera hecho de pensar que carecía de interés?» (2010, p. 13).

No obstante las dubitaciones formales de la voz enunciativa, sin duda la obra pertenece, *grosso modo*, al registro de lo que en fechas recientes se ha denominado ‘escritura autobiográfica’, en la cual confluyen la autobiografía en sí y formas cercanas a ella, como el diario o las confesiones. Según ha señalado Sylvia Molloy, este tipo de literatura se caracteriza por la autfiguración del yo construida por el sujeto enunciativo desde el presente de escritura para elaborar la imagen de sí mismo que desea transmitir (aunque obviamente la lengua siempre delata situaciones ajenas al control del sujeto) (cfr. 1996). Es verdad que, en el caso de un diario, las fechas de cada entrada pretenden mostrar como coetáneos los sucesos y su registro en la escritura, pero al igual que en todo arte verbal, esto puede ser sólo una simulación, pues siempre se pueden sumar nuevos registros *a posteriori*. Por ello resultan significativas las pruebas textuales que demuestren, aunque sea parcialmente, que la escritura del diario fue simultánea a la vivencia de los hechos narrados.

Así sucede, por ejemplo, con el aludido artículo del periódico *La Reforma* firmado por Quiroga el 29 de mayo de 1900, texto heterogéneo donde se leen sus primeras reacciones frente a la ciudad de la luz – entre ellas la obligada visita al museo de Louvre –, su descripción de las todavía inconclusas instalaciones de la Exposición Universal de 1900, y hasta sus comentarios sobre ciclismo, muestra juvenil de su pasión permanente por la velocidad, la cual más tarde se reveló en otros medios de transporte (como el automóvil e incluso el avión). En cuanto a la capital de Francia, el primer párrafo del texto periodístico despliega una actitud exultante:

Heme, por fin, en París, en la capital-cerebro, en la ciudad de las ciudades, donde todo es acumulamiento, palpitación y prodigio. París merece por dos motivos el primer lugar entre las poblaciones: por lo inmenso que lleva en su nombre y amplia vida, y por la fama que se le ha dado. Para nosotros, pobres desterrados de la suprema intelectualidad, la visión de París es una nostalgia de un lugar que nunca hemos visto, y que, hoy y mañana, nos lleva a conocerlo. Heme, por fin, en París. (Quiroga 1950, p. 136)<sup>2</sup>

No obstante este hiperbólico arranque, el cual está plagado de tópicos, Quiroga declara que su primera impresión fue tristísima, debido a la disposición de las casas parisinas, según expresa en esta frase, cuya lograda

2 Cito este texto por la edición de Rodríguez Monegal, quien incluyó materiales adicionales que facilitan la comprensión del diario de Quiroga.

figura retórica de zeugma presagia ya al gran escritor: «Aquí las casas están tan juntas que parece que un gran frío las comprimió en grupos negruzcos, helados y hambrientos» (Quiroga 1950, p. 136). Muy distinta resulta su percepción del ámbito abierto de los bulevares, que «multiplicados en el corazón mismo de la ciudad, cortan en cien pedazos la oscura contracción de las calles, llevando a todas partes la vida, la luz y el perdón de los miles de personas que los cruzan por hora» (p. 136). Luego de asombrarse por la modernidad de la urbe – patente en la enorme cantidad de personas y vehículos que pululan durante el día –, Quiroga describe el carácter cosmopolita de París, donde observa una gran diversidad étnica (excepto negros, de los cuales hasta entonces sólo ha visto tres, subraya muy significativamente desde una mirada no exenta de tintes racistas).

Aunque en principio él adjudica rasgos ambivalentes a la ciudad, su evaluación final tiende a ser negativa, al menos en lo arquitectónico: «Para concluir: la edificación de París no tiene nada de notable. A excepción de algunas avenidas en que hay muy lindos palacios, ni en los grandes bulevares, ni en los chicos, ni en las calles, hay nada que llame la atención» (p. 138). Si bien con matices diferentes, en general su diario confirma la imagen de París presente en el texto periodístico; por ejemplo, el 30 de abril escribe: «En Notre-Dame. La misma impresión general que el Panthéon, La Madeleine, y de todos los monumentos de París, muy pobre, debido al color oscuro, sucio y manchado de todas las paredes» (p. 105). Sin duda esta conducta – que debe tildarse como iconoclasta – se explica en parte por su juventud; pero si además de ello se considera que él carecía de la experiencia indispensable para juzgar cualquier capital europea – en cuanto a ciudades apenas conocía Salto y Montevideo, y había hecho una rápida visita a Buenos Aires para conocer al escritor Leopoldo Lugones –, su actitud no puede más que calificarse como soberbia y arrogante.

De este modo Quiroga disiente de la postura intelectual hispanoamericana de su época, cuando París en particular y Francia en general eran considerados el centro del mundo, sobre todo en el ámbito cultural. Esto resulta evidente en los modernistas hispanoamericanos; por ejemplo, en su *Autobiografía* Rubén Darío evocaba así la imagen idealizada de París que desde su infancia él se había forjado: «Yo soñaba con París desde niño, a punto de que cuando hacía mis oraciones rogaba a dios que no me dejase morir sin conocer París. París era para mí como un paraíso en donde se respirase la esencia de la felicidad sobre la tierra. Era la Ciudad del Arte, de la Belleza y de la Gloria; y, sobre todo, era la capital del Amor, el reino del Ensueño» (Darío 1930, p. 112).

Por su parte, el modernista mexicano Manuel Gutiérrez Nájera, quien durante su corta vida casi no tuvo oportunidad de salir de la Ciudad de México, identificaba plenamente la civilización, es decir la modernidad, con Francia en su conjunto, según expresó en un texto del 2 de diciembre de 1880 en *El Nacional*: «“Para todo hombre civilizado” – ha dicho un

publicista americano – “la patria es primeramente el país donde se nace, y luego, Francia”» (Gutiérrez Nájera 2000, p. 47). En gran medida, su exaltado gesto obedecía al deseo de definir a Francia como la nación que proveía de continuidad a la civilización entera:

Michelet decía que Francia ha continuado el movimiento humano que pasó de la India a Grecia, de Grecia a Roma y de Roma a Francia. Toda otra historia es incompleta: registrad la historia de Italia, carece de los últimos siglos; registrad las historias de Alemania e Inglaterra, les faltan los primeros; acudid a la historia de Francia, ahí está la historia de todo el universo. Francia ha sido la gran continuadora de la obra romana y de la obra cristiana. En su tradición no solamente hay serie, sino progreso. (Gutiérrez Nájera 2000, p. 49)

Este tipo de reflexiones fueron cada vez más entrañables para los intelectuales hispanoamericanos, hasta culminar en 1900 con la obra *Ariel*, del uruguayo José Rodó, quien llevó a sus extremos la idea de la supuesta continuidad de la civilización y cultura latinas, al sostener que Hispanoamérica tenía la central encomienda de rescatar los valores del idealismo humanitario, frente al pragmatismo anglosajón representado por Estados Unidos.

Ahora bien, algunos críticos han leído la corta estadía de Quiroga en París como una etapa determinante para su formación literaria; sin embargo debe tenerse cautela en este punto, pues como señala pertinentemente Abelardo Castillo: «El viaje a Francia no tuvo acaso la importancia que le atribuyen algunos biógrafos; se ha hablado de la bohemia parisina de Quiroga. No existió tal bohemia y apenas existió París: el viaje entero duró tres meses y Quiroga volvió desencantado» (1997, p. xxi) En efecto, la lectura del *Diario* revela, por ejemplo, el escaso interés del uruguayo por hacer vida literaria en París. Una de las excepcionales anotaciones de este tipo remite a un episodio del café Cyrano, al que concurrían muchos intelectuales hispanoamericanos agrupados en torno al entonces famoso cronista guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, con quien él no simpatizó, según se deduce de un difundido pasaje del diario; el 16 de mayo de 1900, en una tertulia donde se encontraban, entre otros, Manuel Machado y Gómez Carrillo, de improviso Quiroga preguntó a éste si sabía guaraní; como el guatemalteco ni siquiera tenía conocimiento de la existencia de ese idioma, un Quiroga provocativo insistió en interrogar a los demás si hablaban esa lengua (que naturalmente él tampoco manejaba), sólo para remarcar al final la absoluta ignorancia de Gómez Carrillo (véase el pasaje en las páginas 111 y 112 del *Diario*). Asimismo, si bien durante su estancia él se relacionó esporádicamente con Rubén Darío y Manuel Machado, en sus registros no expresa empeño alguno por frecuentar a las grandes figuras literarias francesas. Esta actitud un tanto displicente contrasta

con la de otros escritores hispanoamericanos; por ejemplo, el mexicano Federico Gamboa, autor de la famosa novela *Santa* (1903), destaca en su *Diario* cómo al llegar a París en 1893 pensó de inmediato en visitar a su admirado Zola; pese a que el joven novelista logró su anhelo, el escritor francés lo decepcionó un tanto como persona, debido a su soberbia; por ejemplo, Zola manifestó con desparpajo que no leía ninguno de los numerosos libros escritos en español que le llegaban, porque sólo se esforzaba en leer en esa lengua los artículos periodísticos que hablaban sobre él.<sup>3</sup>

Probablemente el peso excesivo que se ha otorgado al *Diario* de Quiroga deriva de algunas afirmaciones enfáticas del autor sobre su deseo de dedicarse al arte verbal. El 3 de abril, él registró esta confesión, que ahora puede interpretarse como un presagio: «Además, me han entrado unas aureolas de grandeza como tal vez nunca haya sentido. Me creo notable, muy notable, con un porvenir, sobre todo, de gloria rara. No gloria popular, conocida, ofrecida y desgajada, sino sutil, extraña, de lágrimas de vidrio» (Quiroga 1950, p. 66); por el tipo de literatura que él escribió, podría decirse que, en efecto, alcanzó esa particular gloria. Asimismo, Quiroga registra sus reacciones de lector, como cuando el 7 de abril, todavía a bordo del barco, anota que ha terminado la lectura de *Fecundidad*, de la cual dice que «es la obra más perfecta de Zola», quien en esa novela «se muestra más fuerte, infinitamente más fuerte que en las demás» (p. 74). En varios pasajes expresa su continuo interés por la literatura, el cual había surgido cuando dirigió la *Revista de Salto* en su natal ciudad; la atracción literaria es tan extraordinaria que incluso el 21 de marzo de 1900, apenas ha abordado el barco, se pregunta, un tanto en forma retórica, si se tratará de un síntoma de su verdadera vocación:

Noto en esta ocasión que en iguales circunstancias – cuando oigo que hablan de literatura – me crispo como un caballo árabe. Fijo mucho la atención sobre ciclismo, u otro asunto cualquiera que me domine. Pero la sensación primera es más poderosa, más íntima, más hiriente, como la que sentiría una vieja armadura solitaria que oyera de pronto relatar en voz baja una acción de guerra...¿La vocación? (p. 57)

La pregunta final demuestra que el joven aún no había definido su camino, por lo que en ese momento resultaba incierto si se dedicaría o no a la literatura, pese a que en sus registros autobiográficos dejó consignadas algunas de sus primeras y más bien fallidas composiciones. Las califico como fallidas porque, en mi opinión, tal vez prometen más de lo que realmente alcanzan. Sospecho que la perspectiva anacrónica de algunos críticos,

3 Por su interés como un significativo indicio de las relaciones entre la cultura hispanoamericana y la francesa, menciono que Álvaro Uribe se ocupa de este pasaje en su ensayo «Historia de dos beldades» (2005, pp. 241-253).

ejercida a partir del conocimiento del estatus literario canónico alcanzado por Quiroga en su madurez (cuando fue reconocido como el máximo cuentista hispanoamericano), los induce a interpretar cualquier elemento de su diario como una irrefutable prueba de la profesión artística del autor.

Varios de los pasajes de escritura literaria no autobiográfica de las libretas son discontinuos e incompletos, es decir, parecen meros apuntes para un posterior desarrollo. Sin embargo hay algunos más logrados, como un poema en prosa del 7 de abril cuyo primer párrafo dice:

Tenía la palidez elegante y mórbida de las señoras desmayadas. Parecía una rosa enferma que una mano insensata hubiera abandonado sobre las teclas del piano. Era blanca y lejanamente rubia. Adorable en sí misma, pasó envuelta en la ola de miradas inquietas de los caballeros de frac. Tenía la palidez de las caricias tardías que, sin pensarlo, enmudecen lentamente... (p. 73)

Esta mezcla de efluvios modernistas y decadentes es visible en su poesía inicial, y sin duda permanece en algunos de sus primeros relatos, aunque en éstos su uso es más eficiente, porque el escritor logró que algunas frases que aisladas parecen meros clichés, adquirieran gran fuerza expresiva dentro de la trama (pienso en cuentos como «El almohadón de pluma» y «La gallina degollada»).

Como adelanté, los problemas económicos de Quiroga afloraron con rapidez, por lo que empezó a anotar con prolijidad las sumas gastadas en su viaje. En su registro del 24 de abril, indica algunas cifras: el traslado de Salto a Montevideo le había costado \$12; el boleto redondo en barco de Montevideo a Génova, \$160; el trayecto en tren de Génova a París, 102 francos. Al día siguiente asienta cuáles son sus fondos financieros: «He llegado a París con \$ 88.00, es decir con 440 francos» (p. 98), y un día después, como medida preventiva, se cambia a un alojamiento más barato. Debido a esta precaria situación, calcula en detalle sus futuros gastos mensuales, estimados en 250 francos; pero sus loables propósitos de control sucumben frente a sus caprichos de ciclista, porque pese a que reconoce su falta de recursos, inmediatamente después consigna sus intenciones de comprar una bicicleta de 195 francos. (Curiosamente, estos datos, incluidos en un texto de índole más bien literaria, proporcionan referencias más específicas sobre la economía real y concreta vivida entonces por los habitantes de París, que los contenidos en algunos libros especializados. Esto nos permitiría aquilatar el valor que también tiene la literatura como fuente de información, a veces nada desdeñable.)

El problema del dinero reaparece el 21 de mayo, aunque ahora con un tono angustioso, pues se queja de no recibir comunicación del apoderado de su madre en Salto: «Vengo del Consulado. No viene la carta de Ambrosioni, que debía estar aquí hace 20 días. Tengo 13 francos en el bolsillo;

nada más. Mañana cambiaré 10 liras en papel que traje de Génova, y si, con todo, la carta no llega, irá la bicicleta a parar a otra mano que no la mía. Y el mes de hotel vence el 26» (p. 114). A la ligereza económica del joven Quiroga (que se acentúa con la confirmación de que sí compró la codiciada bicicleta), se sumó un fatal descuido: como al parecer él extravió los datos del domicilio de su familia (la cual entonces no se encontraba en Salto), sus reiteradas peticiones de dinero no llegaban a la dirección apropiada. Por ello las últimas semanas de su estancia parisina él sufrió hambre en el más vasto sentido de la palabra, según consignó varias veces en su *Diario*. Logró sobrevivir gracias al apoyo de cuatro compatriotas, que aportaron una cuota diaria de dos francos cada uno para costear sus alimentos; esta ayuda solidaria y patriótica lastimó el orgullo del sensible joven, quien llegó a sentirse ofendido, pues en algunos pasajes no expresó agradecimiento hacia sus benefactores sino más bien rencor (no en balde Borges expresó que la peor ofensa que se puede inferir a un enemigo es ejercer la magnanimidad contra él). En síntesis, tan traumática resultó para Quiroga la experiencia del viaje, que años después de su regreso a Sudamérica, se negaba a hablar de su etapa parisina, cuya importancia quiso incluso atenuar irónicamente diciendo a su amigo Julio Payró: «Créame, Payró, yo fui a París sólo por la bicicleta»,<sup>4</sup> en alusión a sus inclinaciones de ciclista.

Desde el punto de vista textual, obviamente las imperiosas necesidades pecuniarias del joven Quiroga, agravadas día a día, coparon su vida y el espacio textual de su *Diario*, del cual de hecho se esfuman los paseos parisinos; cuando éstos aparecen, sólo sirven para marcar la exclusión, pues él enumera con tristeza todo aquello de lo que debe privarse por falta de dinero: las visitas a la Exposición Universal, la asistencia a las carreras de ciclismo, etcétera. Entre los placeres vedados se encuentra su trato con las mujeres de la vida galante, a las cuales había aludido el 5 de mayo, cuando manifestó sus temores de haber sido contagiado por una de ellas: «A propósito de la dama de las otras noches, sentí en todo este día cierta picazón que me preocupó un poco. Esta noche - hace un rato - ¡Dios santo! Una recidiva ¡Y ahora que tenía máquina para salir todos los días! Comencé con el permanganato. Veremos mañana y pasado» (p. 108). De seguro logró controlar sin mayores problemas este brote de blenorragia, previo a la invención de la penicilina, pues no vuelve a mencionar el asunto. Sin embargo, el 24 de mayo, luego de un mes de estancia y ya sin dinero, escribe: «Pero lo magnífico de París, son las *cocottes*. Elegantísimas, vestidas como nadie, lindas, todo lo bastante para divertirse con ellas. ¡Lástima de pobreza y patología!» (p. 116).

4 Julio Payró citado por Emir Rodríguez Monegal 1950, p. 14.

Como era previsible, el fracaso parisino induce a Quiroga a revalorar su realidad americana. Así, en uno de los más certeros conceptos de lo que podría llamarse un sabio nacionalismo vital más que chovinista, él concluye:

Un poeta griego de la decadencia dijo: «La patria está donde se vive bien». Es un gran pensamiento. ¿Por qué he de decir yo que no hay como París, si no me divierto? Quédense en buena hora con ella los que gozan; pero yo no tengo ninguna razón para eso, y estoy en lo verdadero diciendo que Montevideo es mejor que París porque allí lo paso bien; que el Salto es mejor que París, porque allí me divierto más. (p. 136)

Si no me equivoco, es posible afirmar que al construir su imagen de París, Quiroga opera de modo paralelo a Rousseau en sus *Confesiones* (1766), pues como dice Leonor Arfuch, en la exploración de la intimidad Rousseau trazó «la topografía primigenia de ese espacio singular: el yo, la primera persona que se hace cargo de la enunciación tomándose a sí mismo como testigo» (2005, p. 241).

En fin, el contraste entre el imberbe y exultante joven que viajó a París y el serio y barbado hombre que en pocos meses regresó de Europa, quedó fijado, con tintes fallidamente líricos y más bien melodramáticos, en la biografía sobre Quiroga preparada por sus amigos Delgado y Brignole, quienes resumieron así el periplo:

Se embarcó como un dandy: flamante ropería, ricas valijas, camarote especial, y todo él derramando una aristocrática coquetería, unida a cierta petulancia de juventud favorecida por el talento, la riqueza y la apostura juvenil. No había quien pudiese dejarlo de envidiar. Las quimeras le bailaban adentro del cráneo. ¡París! En cada griseta una Manón, en cada gota de ajeno un poema, en cada paso por la colina de Montmartre un sueño, y, al fin, la fama, el reconocimiento triunfal en los más célebres cenáculos [...] Pasó todo exactamente al revés. Ninguna ocasión de representar el Des Grieux o el Rodolfo. Las Mimí lo llamaban «le joli petit arabe» apodo que le gustaba mucho; pero trascendían demasiado a comercio, y cuando su corazón romántico, sediento de veraz ternura, se apretaba a sus senos mercenarios sentía el entumecimiento de un pájaro tropical entre la nieve. (Delgado, Brignole 1939, p. 99)

En última instancia, el problema fundamental de Quiroga derivó de la experiencia misma, porque él pudo comprobar de manera directa (y, literalmente, en carne propia) hasta qué grado la imagen de París construida por los intelectuales hispanoamericanos de su época era en gran medida una idealización. Al comparar la actitud de Quiroga con la de Herrera y Reissig respecto de París, Lopetegui dice:

El versificador funámbulo de *Los parques abandonados* [Herrera y Reising] se mantuvo unido a su ideal de París, entre otras cosas porque jamás pudo concretar su sueño modernista de trasladarse a dicha ciudad. Esta situación y sus sólidas bases poéticas – su talento indiscutido – le permitieron fructificar en una obra que ha quedado como ejemplo de absoluta originalidad y como prueba de lo que la fe en un ideal – París, Francia, como templo el espíritu – puede llegar a concretar en beneficio del arte imperecedero. (Lopetegui 1988, p. 59)

Para Quiroga, en cambio, París dejó de ser un mero ideal para convertirse en una realidad concreta: el lugar donde sufrió hambre verdadera y la incertidumbre de no saber de qué viviría al día siguiente. Por ello el 2 de junio anota con dolor extremo que la palabra ‘comer’ había adquirido para él su significado pleno: «Esta palabra, tan sencilla y risueña cuando es sólo un detalle, es terrible cuando se torna único pensamiento, única acción. ¡Pensar todo el día, a todas horas, sufriendo constantemente!: ¿por qué? ¿Por amor, neurastenia? No, porque nos falta qué comer» (Quiroga 1950, p. 121). Con fundada razón, Graciela Montaldo afirma:

La excentricidad de Quiroga se pone en escena en este viaje. El relato del diario menciona mínimamente aquello por lo que fue a París y de lo que todos hablan [la Exposición Universal]; por el contrario, cuenta una suerte de tragedia personal marcada por la exclusión social [Quiroga] percibe tempranamente la otra cara de la bohemia que ha leído en sus libros *fin-de-siècle*, la otra cara del esplendor de París y la brutalidad con que la sociedad moderna excluye a aquellos/as con que no puede armar sistema. (1998, p. 237)

En suma, de todo lo anterior puede deducirse que la estancia parisina fue determinante para el escritor uruguayo, pero quizá más en cuanto experiencia dolorosa y forjadora del carácter que como etapa educativa en los refinamientos estéticos definitorios de una vocación literaria. Mediante ella se comprenderán mejor algunos rasgos tanto de la singular personalidad de Quiroga como de su arte verbal, pues a partir de la lectura de su *Diario* no puede más que concluirse de manera contundente que, al contrario de lo que sugiere el título de la célebre obra de Ernest Hemingway, para Quiroga París nunca fue una fiesta.

## Bibliografía

- Arfuch, Leonor (2005). «Cronotopías de la intimidad». En: *Pensar este tiempo: Espacios, afectos, pertenencias*. Buenos Aires: Paidós, pp. 237-290.
- Castillo, Abelardo (1997). «Liminar: Horacio Quiroga». En: Quiroga, Horacio, *Todos los cuentos*. Edición crítica de Napoleón Baccino Ponce de León y Jorge Lafforgue. Madrid: ALLCA XX, pp. xxi-xxxiii. Archivos 26.
- Darío, Rubén (1930). *Autobiografía*. Madrid: Mundo Latino.
- Delgado, José María; Brignole, Alberto J. (1939). *Vida y obra de Horacio Quiroga*. Montevideo: Ed. Claudio García.
- Gutiérrez Nájera, Manuel (2000). *Obras. XIII: Meditaciones políticas (1877-1894)*. Introducción, edición e índices de Yolanda Bache Cortés y Belem Clark de Lara. México: UNAM.
- Lopetegui, Guillermo (1988). «París en Horacio Quiroga: El acierto de un viaje equivocado». *Cahiers d'Etudes Romanes*, 13, pp. 55-65.
- Martínez, Érika (2010). «Quiroga y el terror a la intimidad». En: Quiroga, Horacio, *Quiroga íntimo: Correspondencia. Diario de viaje a París*. Edición y prólogo de Érika Martínez. Madrid: Páginas de Espuma, pp. 9-51.
- Molloy, Sylvia (1996). *Acto de presencia: La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. Trad. de José Esteban Calderón. México: FCE; El Colegio de México.
- Montaldo, Graciela (1998). «Quiroga: El fracaso del dandy, el fracaso del aventurero». *Anales de la Literatura Española Contemporánea*, 23 (1), pp. 235-247.
- Quiroga, Horacio (1950). *Diario de viaje a París*. Introducción y notas de Emir Rodríguez Monegal. Montevideo: Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios.
- Rodríguez Monegal, Emir (1950). «Introducción» En: Quiroga, Horacio, *Diario de viaje a París*. Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, pp. 7-40.
- Romano, Eduardo (1997). «Del bosque interior a la selva misionera». En: Quiroga, Horacio, *Todos los cuentos*. Edición crítica de Napoleón Baccino Ponce de León y Jorge Lafforgue. Madrid: ALLCA XX, pp. 1305-1339. Archivos 26.
- Uribe, Álvaro (2005). «Historia de dos beldades». En: *Santa, Santa nuestra*. Edición de Rafael Olea Franco. México: El Colegio de México, pp. 241-253.